

naturalista en Iberoamérica. Partiendo de ese flujo de imaginaria que llegó desde España al Nuevo Mundo, y siguiendo por la variedad de escultores españoles que marcharon a aquellas tierras, ubicándose primordialmente en la zona de México, se aborda el naturalismo escultórico en Iberoamérica de finales del siglo XVI y principios del XVII. Una interesante aportación al estudio es la que ofrece Luis Javier Cuesta Hernández, donde plantea la dicotomía de si la escultura novohispana es una extensión del arte andaluz, o una reinterpretación americana con sus matices y características propias. El tratamiento de la escultura en Lima es abordado por Rafael Ramos Sosa. En dicho capítulo se entremezclan piezas de estética castellana, con otras de gusto italiano, así como las consabidas procedentes de Sevilla. Aun así, a pesar de esa prolífica producción externa, ello no fue óbice para que se desarrollase una interesante escuela local, con sus propias especificidades, que dejó un importante legado artístico. Fi-

nalmente, los estudios se concluyen con el artículo de Francisco J. Herrera García y Lázar Gila Medina. En el mismo se aborda la escultura y escultores en el antiguo Reino de Nueva Granada, actual Colombia. En un trabajado y conciso texto, se abarcan las nuevas formas escultóricas, la evolución, el desarrollo y la generación de escultores nativos.

Concluye el volumen de esta completa publicación el corpus bibliográfico que ha corrido a cargo de Manuel García Luque.

Así pues, como conclusión, hemos de aseverar que el volumen que reseñamos constituye una excelente obra que aborda, con rigor y fundamento, el naturalismo escultórico en las dos grandes urbes de la Andalucía de la Edad Moderna, su trayectoria e influjo, de igual modo que afronta un período que no había sido estudiado convenientemente y que, como vemos, fue enormemente prolífico en cuanto al arte se refiere.

José ANTONIO PEINADO GUZMÁN

Antonio HERNÁNDEZ-SONSECA, *La luz de El Greco en la Catedral Primada, Cábildo de la Catedral de Toledo*, Toledo 2011, 160 pp.

El canónigo de la catedral de Toledo y profesor de filosofía en su Seminario, Antonio Hernández-Sonseca presenta una peculiar reflexión sobre la obra del Greco (1541-1614) con ocasión del cuarto centenario del fallecimiento del pintor cretense que, tras pasar por Venecia y Roma, arraigó en Toledo hasta convertirse en una de las señas de la vieja ciudad imperial.

No se trata propiamente de un libro de historia del arte ni de crítica o reflexión artística, sino más bien de un ensayo sobre la obra de un pintor genial como es Domeniko Theoctocopulos, innovador, brillante, nada convencional; un pintor que ofrece una re-

creación personal de los temas, «más expresionista que figurativo, situando en primeros planos el toque emocional del color» y dando a la luz un protagonismo único, que dotan a cada uno de sus cuadros de un carácter fascinante. Fascinado, precisamente, por la luz del Greco, Hernández-Sonseca quiere ofrecer aquí unas reflexiones a modo de anotaciones para componer una partitura musical. Para ello, tras una introducción en la que refiere sucintamente la trayectoria vital y artística del Greco, va analizando algunas de las principales obras conservadas en la catedral toledana. Comienza por la que se ha considerado obra maestra del

Greco, el gran lienzo titulado *el Expolio* de la sacristía mayor. Un tema infrecuente en la iconografía, que en la perfecta armonía de sus muchas figuras en penumbra tiene como centro absoluto el rostro de Cristo que destella luz propia y actúa a modo de los antiguos iconos griegos y bizantinos, con los que tan familiarizado estaba el pintor desde niño. El autor somete el cuadro a una verdadera radiografía, analizando cada uno de los detalles, incluso aquellos que pueden pasar más desapercibidos.

A continuación, el análisis se centra en la colección de retratos de los apóstoles que cuelga también en la misma sacristía. «Cenáculo de retratos con drama», según Hernández-Sonseca, quien sostiene que el Greco puede ser considerado «el introductor de los retratos psicológicos y el iniciador del arte dinámico» en España. Son «retratos con alma» en los que su autor, con una austeridad de medios absoluta, es capaz de reflejar la intensidad de su experiencia vital y despertar numerosos interrogantes.

Luego, el autor analiza otras obras del Greco, como el lienzo de las lágrimas de san Pedro y una de las escasas esculturas realizadas por el artista, la imposición de la casulla a san Ildefonso. En el cuadro de Cristo crucificado detecta la heroicidad de la entrega pura, plasmada magistralmente por el Greco con su inconfundible alargamiento de las figuras, al igual que sucede en el lienzo de San José con el Niño Jesús, como parábola de la protección paterna, en un momento álgido de la devoción al Santo Patriarca. Uno de los temas iconográficos más típicos y repetidos del

artista es el de san Francisco de Asís, del que también se conserva un lienzo en la sacristía catedralicia: nada hay de blando en esta pintura, que refleja por el contrario el espíritu austero y penitencial del santo. Y junto a él, otro lienzo de santo Domingo de Guzmán, unidos ambos en el tiempo, en los afanes reformadores y en el deseo de pobreza. Para completar el recorrido por la obra del Greco en la catedral primada, Hernández-Sonseca ofrece sus reflexiones sobre el lienzo de la Inmaculada, que bien podría pasar también por una Asunción, en cualquier caso manifestación apoteósica del triunfo de María que se eleva por encima de la ciudad de Toledo.

Antes de concluir su ensayo, el autor reflexiona sobre las manos pintadas por el Greco y su profundo simbolismo, al igual que sobre la noche o la oscuridad que presta su concurso como fondo habitual de las composiciones. Por último, dedica unas páginas a la escuela toledana de el Greco, es decir, a los discípulos que se inspiraron en su forma de pintar, destacando Luis Tristán y Pedro de Orrente. Como señala el autor, con este ensayo ha pretendido reflexionar sobre la belleza de la pintura del Greco, pero sus cuadros son «obra abierta» y por ello «retornar al lienzo será siempre la plenitud de nuestros comentarios». Sin duda que las celebraciones del cuarto centenario de la muerte del genial pintor serán ocasión propicia para volver a Toledo y disfrutar una vez más del tesoro artístico que le legó aquel extraño pintor venido de Oriente.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra